



CAPÍTULO IX

Sorpresa y ataque de Seborucal.—Muerte del capitán señor González López y del sargento Morales.—Fuga y dispersión de la partida.—Detalles.—Nuestras bajas.—Honras y honores á las víctimas de Seborucal.—Alarmanes rumores.—La casilla misteriosa.—Invasión del poblado de Rojas por los rebeldes.—Más detalles.—Infructuosa persecución del enemigo.—Telegrama oficial.—El capitán don Juan González López.—Glorioso combate de Vista Hermosa.—El comandante Armiñán y el teniente Castiñeira.



N la jurisdicción de San Juan de los Remedios, provincia de Santa Clara, ocurrió el día 12 un encuentro, si así puede llamarse al hecho que vamos á narrar, entre un pequeño destacamento de nuestras tropas y una numerosa partida de insurrectos.

Una columna de operaciones, compuesta de fuerzas de infantería de marina y de Borbón, al mando del comandante señor Añino, marchaba por el camino llamado de Puerto Príncipe, á poco más de una legua hacia el Este de Remedios, barrio de Tetuán, colindante con el término de Caibarien, en donde empiezan las primeras estribaciones de la sierra del Seborucal, monte intrincado, nacido entre piedra viva y en el cual apenas si se encuentra espacio suficiente para que el hombre siente las plantas de sus piés.

Silenciosos y ocultos entre los seborucos, acechaban los traidores

mambises el paso de nuestros soldados por el camino que bordea la abrupta sierra, y cuando la vanguardia de la columna, formada por fuerzas de infantería de Marina al mando del capitán don Juan González Lopez, á hora muy avanzada de la tarde, descendía por los barrancos del río Jiquibú, que corta transversalmente el camino, una descarga horrible de fusilería á quema ropa, seguida de alaridos de triunfo, resonó entre aquellas breñas, ocasionando la muerte del capitán señor González López y la del sargento don Ildefonso Morales.

El grueso de la columna, al mando de su bizarro jefe señor Añino, lanzóse bravamente sobre las fuertes posiciones que ocupaba el enemigo, que en vano trató de defenderlas.

Arrollado por el empuje de nuestros valientes soldados y sin tratar de resistirlo, huyó cobardemente con toda

la precipitación que le permitía las condiciones del suelo, ante el decidido empeño de aquellos bravos en conquistar sus posiciones y deseosos de vengar la muerte de sus compañeros de armas.

Una sección de Borbón y otra de infantería de Marina, se internaron en el monte en persecución de los rebeldes hasta donde la ya escasa



CAPITAN DON JUAN GONZALEZ LOPEZ

claridad del día lo permitió, sin que lograran dar alcance á los que huían.

Reunidas de nuevo las dos secciones al grueso de la columna, cargaron los soldados con los tristes despojos de los desgraciados capitán y sargento, y en un tren de la vía estrecha llegaron todos á Caibarien, cuando había cerrado ya la noche.

Además de los dos muertos mencionados, tuvo la columna un corneta herido levemente y varios soldados contusos.

El alcalde de barrio de Rojas iba de práctico de la columna.

A la madrugada siguiente, la columna con su comandante á la cabeza, salió nuevamente para el Seborucal, llevando dos buenos prácticos que buscó y proporcionó el alcalde municipal de Caibarien.

La tropa iba animada del mejor espíritu, deseosa de encontrarse con los insurrectos, para vengar la alevosa muerte de sus desgraciados compañeros.

* * *

Hé aquí algunos detalles de ese desgraciado encuentro, comunicados por uno de los oficiales que formaban parte de la columna del bizarro comandante señor Añino.

Treinta y cinco números de la primera compañía del heroico batallón de infantería de Marina, con su valiente y dignísimo capitán don Juan González López á la cabeza, formaban la vanguardia de la columna.

Ciento cincuenta números de la segunda compañía del primer batallón del regimiento de Borbón formaban el grueso de la columna, mandado por su distinguido jefe.

Serían las tres horas de la tarde cuando los toques de corneta anunciaron llamada y tropa, y pocos momentos después, aún sin haber terminado el rancho una gran parte de la fuerza, se les vió salir en correcta formación llevando como prácticos dos guardias municipales.

La primera noticia de la acción ó encuentro, se tuvo en Remedios por las descargas cerradas y fuego graneado que como á las cinco de la tarde se oyeron desde los fortines del camino del Príncipe.

Siguiendo por el camino real de Puerto Príncipe, se llega al poblado de Rojas ó Tetuán, distante una legua próximamente de Remedios, y poco más adelante siguiendo la orilla del río Jiquibú, se encuentran unos tejares; en donde existe una poceta conocida con el nombre de la Paila, y todavía algo más allá, ya en pleno Seborucal existe un montecito junto á la propia barranca del río citado, que fué en donde parece tuvo lugar la acción ó encuentro.

Como á las nueve de la noche llegó á Remedios un tren extraordinario de Caibarien que produjo la consiguiente alarma, ó mejor dicho, curiosidad, á causa de la expectación que reinaba respecto al resultado del encuentro y suposición de que en él vendrían los heridos, ó por lo menos que traería noticias ciertas y fidedignas de lo ocurrido.

Por ello acudió en masa la población á la estación, donde adquirió pronto el convencimiento de que tan sólo se trataba de noticias oficiales y de carácter reservado.

Pero las malas noticias difícilmente se ocultan, y cunden pronto, y á los pocos momentos circulaba ya la nueva fatal de la muerte del bizarro capitán del primero de infantería de Marina don Juan González López, y del valiente sargento de la segunda compañía del primer batallón de Borbón, don Ildefonso Morales.

Así mismo se supo también que en la casa Ayuntamiento se preparaba la capilla ardiente para ambos y que no tardaría en llegar el tren que conducía los cadáveres y los heridos.

* * *

De una y media á dos de la madrugada llegó á la estación de Remedios el tren anunciado, con dos casillas custodiadas por voluntarios de Caibarien.

En una iban los dos cadáveres y en la otra los heridos, los cuales fueron conducidos en catres á la enfermería, y aquellos en camillas á la Casa Ayuntamiento, en hombros unos y otros de numeroso público que acudió solícito á la estación. La camilla en que iba el cadáver del desventurado capitán señor Gonzalez López fué sacada del andén en hombros de señores jefes y oficiales de la guarnición, incluso por el señor comandante militar don Agustín Devós.

Ninguno de los heridos ofrecía afortunadamente gravedad, pues según todos los informes solo se trataba de contusiones y una leve herida en un pié y otra en una mano, á consecuencia de haberse reventado el cañón de un fusil Maüser.

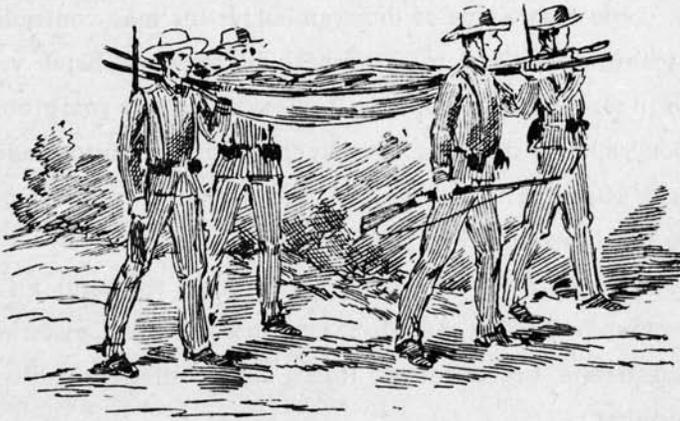
Los heridos fueron en total cuatro soldados. El práctico llamado Domingo, y cuyo apellido ignoramos, recibió también varias contusiones á consecuencia de haberle matado el caballo y haber sufrido la caída consiguiente.

Con elegancia y severa sencillez estaba adornada la capilla ardiente en la Casa-Ayuntamiento donde fueron depositados los restos de los dos valientes, cuyos nombres quedarán grabados en la historia patria en justo tributo á su eterna memoria por haber cumplido como buenos los sagrados deberes de soldados defensores de la honra nacional, sirviendo de modelo y estímulo á los que lo mismo que ellos sabrán sacrificarse en el cumplimiento de su deber.

La Municipalidad se hizo cargo de todos los gastos que ocasionó el

entierro del bizarro capitán y valiente sargento, y el vecino don Alejandro Tutor ofreció á precio de factura el lujoso sarcófago en que reposa el malogrado González López lo mismo que el más modesto pero elegante, que ocupa don Ildefonso Morales, honrando así á quienes honra y honores se ganaron.

La fuerza de voluntarios, alternando con los de infantería de Marina, dieron la guardia de honor á los dos féretros.



CONDUCCIÓN DE HERIDOS

Desde los primeros momentos vióse al lado del señor comandante militar, al alcalde municipal, jefes y oficiales del batallón de voluntarios, señor Juez de primera instancia y demás autoridades, y á distinguidas personas de todas las clases sociales, acudir presurosas á demostrar el pésame y tomar parte en el duelo que fué general en la población.

A las cinco de la tarde verificóse el entierro al cual concurrieron todas las fuerzas francas de servicio y un público inmenso que acudió, desfilando á la invitación de la autoridad [militar, á rendir el último tributo y homenaje á los dos mártires de la fratricida guerra cubana.

* * *

Por telégrafo y correo se recibieron noticias y detalles de la acción que revistió importancia suma por la sensible desgracia ocurrida á los valientes que sucumbieron á la alevosa traición de los cobardes *mambises*.

Más, como quiera que se hicieran correr los más contradictorios y alarmantes rumores respecto al número de nuestras bajas y forma en que tuvo lugar el encuentro, á fin de desvirtuarlas y comprobar las noticias oficiales, base de todas las apreciaciones, las autoridades determinaron la salida de la columna hácia Rojas en el tren del medio día, para que practicase un detenido reconocimiento.

En el paradero de vía ancha y durante el trayecto á Caibarién, oyóse circular la versión más absurda respecto á una misteriosa casilla de la vía estrecha, procedente de Rojas, cuyo contenido nadie había podido averiguar.

En ella suponían los fantaseadores debían hallarse los muertos de la clase de tropa, pues daban por seguro que la vanguardia había sucumbido á la primera descarga de los rebeldes, y que la casilla había sido conducida al cementerio, donde asegurábase *fantásticamente* que había quien había oído mandar abrir una zanja para enterrarla.

A las doce salió de Caibarién el tren de vía estrecha, llegando á la media hora á la primera estación que es la de Tetuán ó Rojas.

La fuerza expedicionaria formada por la segunda compañía de Borbón y parte de la primera del batallón de infantería de Marina, formó frente al paradero, saliendo en correcta formación, de dos en dos, á campaña, tomando el camino real de Remedios, á Puerto Príncipe y si-

guiendo la misma dirección que la del día anterior cuando ocurrió el encuentro.

Esto hizo suponer á muchos que iban á practicar un reconocimiento en el lugar de la acción, y á otros que, en combinación con otras columnas, seguirían hasta el ingenio *Dolores*, de Abreu, para atacar al enemigo.

* * *

Antes de partir la columna—decía nuestro comunicante—informé á mis jefes y compañeros con todos sus detalles, del recibimiento y pompas hechas á las infortunadas víctimas de la cobarde traición de los *mambises* y de cómo se había dispuesto su sepelio con el mayor lucimiento. También conferencié con el ilustrado doctor don Enrique Domínguez Hidalgo, con el jefe de la estación y su distinguida y amable familia, con el encargado y dependientes de la tienda mixta y con otros vecinos, quienes á su vez me informaron de algunos detalles referentes á la referida acción.

En la noche del martes (11 de Junio) los rebeldes invadieron el poblado de Rojas en busca de armas y efectos, cuyo hecho fué puesto en conocimiento inmediatamente del señor Devós, por el alcalde de barrio don Ignacio Cauto.

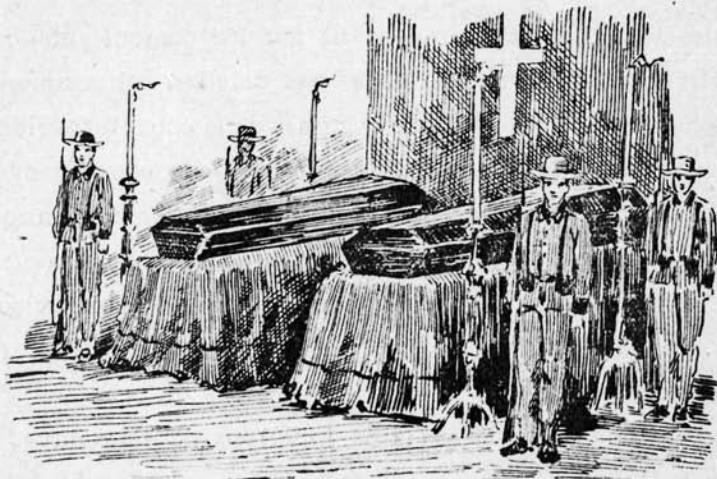
El digno comandante militar de Remedios, tan luego recibió el parte formó con el mayor celo y diligencia la combinación para sorprender á los invasores y dispuso la inmediata salida de fuerzas al mando del distinguido comandante señor Añino, formando la vanguardia el malogrado capitán señor González López con 35 hombres de infantería de Marina y clases correspondientes.

Aunque esta última fuerza se adelantó y separó algo, en un princi-

pio, de los 150 hombres de Borbón, muy pronto se unieron y así continuaron hasta Rojas.

Los prácticos de la columna fueron hasta llegar á este poblado, los guardias de aquel término don Salvador Framet y don Domingo Martinez, pues ya desde Rojas se ofreció á serlo y lo fué, el alcalde de barrio que dijo sabía donde estaban los insurrectos.

Puesta en marcha la columna, abandonó Rojas, y atravesando los tejares de Jiquibú y la Paila, se internó en el Seborucal por una vere-



LOS CADÁVERES DEL CAPITAN GONZALEZ Y SARGENTO MORALES, EN LA CAPILLA ARDIENTE DE LA CASA-AYUNTAMIENTO DE REMEDIOS

da, donde los soldados no podían caminar sino de uno en fondo.

Siguiendo por dicho *trillo* ó vereda la columna, recibió de pronto el alto que la dieron los insurrectos emboscados y ocultos en los seborucos.

Nuestra fuerza no contestó á la intimación de las avanzadas enemigas y continuó su marcha sin precauciones de ningún género.



ATAQUE Y HEROICA DEFENSA DEL FUERTE «PROVINCIAL»

Un segundo ¡alto! dado por los rebeldes no tuvo tampoco contestación, hasta que al tercero, que tampoco fué contestado por las tropas, rompió el fuego el enemigo.

* * *

El combate comenzó á las cinco y cuarto de la tarde y duró media hora, replegándose la fuerza hácia Rojas después de una batida infructuosa por el interior de la sierra, por haberse hecho de noche y comenzado á llover, siendo preciso aislar los aparatos del telégrafo.

Por la demora en el aviso, no llegó el tren de auxilio hasta las diez y media de la noche, con los doctores Domínguez Hidalgo, Cabrera y Mir, fuerzas de voluntarios y botiquín que el administrador señor Pavón (de F. C. Unidos de Caibarien) condujo personalmente.

Reconocidos los cadáveres del capitán González López y del sargento Morales, vióse que el primero tenía una herida cuyo orificio de entrada correspondía al costado izquierdo, entre la quinta y sexta costillas, y la salida por la tercera del costado derecho, habiendo atravesado el proyectil la pleura y fracturado el antebrazo derecho; y el segundo una herida también intercostal.

Ambas heridas fueron producidas por Maüsser y eran mortales de necesidad.

Examinados los heridos, el corneta presentaba un leve rasguño en el dedo pulgar de la mano izquierda, cara externa, y el práctico don Domingo Martínez, contusiones leves.

Desde Rojas los heridos y cadáveres fueron trasladados á Caibarién, y de allí á Remedios.

La columna pernoctó en Rojas, donde permaneció hasta el siguiente día á la una, sin que su digno jefe el bizarro comandante señor Añiño

quisiese aceptar un catre donde descansar, que galantemente le ofreció el jefe de la estación férrea don Basilio Munaris, á quien contestó al ofrecérselo: «Cuando mis soldados carecen de comodidades, yo tampoco tengo derecho á aceptarlas». Y paso la noche en una silla.

* * *

He aquí el telegrama oficial del gobernador de la Habana al Gobierno, confirmando la muerte del bizarro capitán don Juan González, y dando cuenta del encuentro en el Seborucal.

«Habana, 12.—General Arderius a Ministro Guerra.

Encuentro Seborucal, jurisdicción Remedios, desalojado enemigo fuertes posiciones; muerto capitán infantería marina Juan González, que mandaba vanguardia, y un sargento; noche impidió persecución enemigo.—*Arderius.*»

El capitán señor González López era un bizarro é instruidísimo militar, cuya muerte fué muy sentida en toda la nación.

Cuando marchó el regimiento de infantería de marina á Cuba, solicitó su pase á aquel ejército y para conseguir el destino, hubo de emplear todo género de influencias.

El fué el primer oficial de nuestra infantería de Marina que entregó su vida en aras del honor patrio, en los arrasados campos de Cuba.

Así como siempre cae la mancha en el mejor paño, así la inexorable Parca cortó prematuramente el hilo de la existencia de uno de nuestros oficiales más distinguidos.

El bravo capitán González era jóven muy estudioso é inteligente; fué á Melilla donde á los muchos datos y observaciones recogidos sobre el terreno africano, unió la acción benemérita de rescatar á los cautivos del *Icod*.

Después quiso ir á Cuba con su regimiento y sus compañeros de armas á pelear por la patria y su bandera y defender la integridad y honra nacionales, y allá fué, en efecto, impulsado por su amor patrio y honor militar.

Y allí, peleando en la vanguardia y desafiando los peligros de una alevosa emboscada de los cobardes enemigos de España, encontró no lauros y honores que poder ostentar orgulloso ante sus compañeros, después de conquistar el lábaro de la victoria, sino la muerte; muerte traidora pero gloriosa, que envolvió su inolvidable nombre entre negras gasas de crespón para pasar á las páginas de la historia patria á ser eterno recuerdo de sus compatriotas.

¡Descanse en paz el distinguido y malogrado oficial!

* * *

El comandante militar y el alcalde municipal de Sancti Spiritus, tuvieron noticias el día 14 de que una partida de insurrectos, en número considerable, se hallaba en el arroyo «La Guanábana», puesto cercano á la población, con el propósito de *pelear con los patones á los cuales esperarían si se atrevían á salir.*

En Sancti Spiritus no había fuerzas disponibles para salir de ope-



GENERAL MONROY Y RUIZ

raciones militares, propiamente hablando; pero el deseo de aprovechar aquella oportunidad de prestarse los rebeldes al combate, y no rehuir ni rechazar el reto por los mismos lanzado, hizo que el pundonoroso y bizarro comandante militar se decidiera á cometer lo que se juzgó una verdadera temeridad.

El bravo comandante señor Armiñán, perteneciente al benemérito cuerpo de la guardia civil, formó una columna compuesta de los siguientes elementos de fuerza para salir en busca del enemigo: 18 voluntarios del regimiento de caballería de Camajuaní; 12 guerrilleros del segundo batallón de Alfonso XIII; 17 guardias civiles de caballería; 12 soldados de infantería del batallón de cazadores de Alfonso XII; 9 soldados desmontados del escuadrón de Numancia; 1 soldado del batallón de la Unión; 22 voluntarios de Sancti Spíritus, y 16 guardias civiles de infantería: total 107 hombres.

Formada y dipuesta esta fuerza, púsose en marcha tomando el camino llamado de la Habana. El comandante Armiñán con la caballería se adelantó al trote, ávido de demostrar á los *mambises* que el soldado español no rechaza nunca un reto de sus enemigos, ni rehuye jamás un combate, ordenando á la infantería que se incorporara en el lugar donde se suponía se hallaba el enemigo.

Como á unos tres cuartos de hora de marcha, divisó la vanguardia á los insurrectos, que ocupaban la loma y potrero de Vista Hermosa, situado en el camino de Yayabo, resueltos al combate y envalentados por la superioridad del número y las ventajosas posiciones que ocupaban.

El comandante Armiñán dió orden al grupo que formaba la vanguardia de que atacase, y, aquellos valientes, al oír el mandato de su jefe, sin arredrarse ante la superioridad numérica del enemigo, cumplieron la orden cargando con arrojo y denuedo temerarios á los insurrectos, que por un movimiento envolvente se interpusieron en número



considerable entre la vanguardia y el resto de la fuerza montada, á la vez que por el flanco derecho presentábase otro grande grupo de rebeldes que marchaba paralelo al camino y rompió el fuego con propósito de cortar la retirada á la vanguardia.

Generalizado el combate, el jefe ordenó al primer teniente don Fernando Castiñeira que con el resto de voluntarios de Camajuaní y grupo de Alfonso XIII cargara sobre el flanco derecho enemigo y lo desalojara de una casa inmediata desde la cual hacía fuego, á la vez que él, con el capitán don José Penabilla, el veterinario segundo don José Fernández y los guardias civiles de caballería se lanzaba al trote sobre los insurrectos y cargando con indomable furia sobre ellos rompía la línea enemiga y lograba reunirse con la vanguardia, que, con valor imponderable peleaba cuerpo á cuerpo y uno contra veinte.

Con aquel fiero avance é irresistible carga logróse más unidad en el combate, y obligóse á los enemigos á retirarse detrás de las líneas en que se presentaron.

Mientras tanto, el bravo teniente Castiñeira, habíase apoderado de la mitad de la casa antes mencionada, y luchaba fieramente por apoderarse de toda ella y desalojar al enemigo.

Al fin, lo consiguió, haciendo huir á sus tenaces defensores á tiempo que, por el mismo flanco derecho aparecía nuevamente numerosa y apretada fila de rebeldes que intentaron por siete veces consecutivas, sin resultado siempre, cargar al machete contra nuestros soldados, que se batían con un valor sin igual, rechazando los furiosos ataques del enemigo, á la vez que las demás fuerzas insurrectas los hostilizaban con sus disparos desde todas partes, como haciendo alarde de su superioridad numérica.

Un momento supremo llegó, en que los combatientes se confundieron y mezclaron. Nuestros bravos soldados realizaban prodigios de valor y serenidad, luchando á brazo partido uno contra diez.

Por la retaguardia avanzaba una fuerza enemiga de más de 150 hombres, que considerando copados y vencidos á aquel puñado de valientes, desplegabá al viento dos banderas y lanzaba al aire estentóreos gritos de ¡viva Cuba libre!, en señal de victoria.

De pronto oyéronse por retaguardia repetidas descargas de fusilería, que dieron á comprender claramente á nuestros ya fatigados ginetes que llegaba la infantería en su auxilio.

Entonces, reanimados con la presencia de sus compañeros de armas y con el propósito firmísimo de morir todos ó vencer, dejóse oír la voz del comandante Armifián ordenando á sus valientes guardias cargar á rienda suelta.

Tan ímpetuosa y brillante fué la carga, que el enemigo vióse arrollado y derribado por el irresistible empuje de nuestra caballería, la cual abriéndose paso por entre sus apretadas filas lo puso en vergonzosa huida, logrando al fin unirse a la infantería que la saludó y recibió con el triunfal grito de ¡viva España!

* * *

El combate duro hora y media: el enemigo tuvo veinte muertos y considerable número de heridos, á juzgar por los que se vieron caer sobre el campo y retirar por los *mambises*, y por los informes de los vecinos de los poblados inmediatos,

El cabecilla Legón, herido en una pierna, fué retirado por sus parciales, y sobre el campo del combate quedaron catorce caballos muertos, y otros doce con monturas, ensangrentados y heridos.

La columna sufrió cuatro bajas; dos muertos y dos heridos. Los primeros fueron el guardia Emilio Isidro Ignacio, y el guerrillero de

Alfonso XIII, Jose Egido Clemente; y los segundos los voluntarios de Camajuaní, Manuel Martínez Rosamontes y Silverio Quesada.

Tuvo, además, dos caballos muertos, dos extraviados de la guerrilla de Alfonso XIII, cuatro de los de Camajuaní, y dos de la guardia civil, heridos.

El guardia y guerrillero, muertos de arma blanca, fueron ente-



y los guardias civiles de caballería se lanzaron al trote sobre los insurrectos... (pág. 894)

rados en el cementerio de Sancti Spíritus, y los heridos conducidos al hospital militar.

Entre los muchos actos de heroísmo y valor personal que realizó aquel puñado de valientes, merece especial mención el del bravo teniente Castiñeira, que en lucha personal dió muerte al insurrecto que mató al guardia Isidro, é hirió á otro que capitaneaba un grupo de ocho *mambises*, por los cuales se vió atacado y acorralado, y contra

todos se defendió valerosamente, obligándoles á dispersarse sin sufrir la más leve herida.

También el guardia municipal de Sancti Spíritus, Anastasio Duarte, se batió con la mayor bravura y serenidad, siempre en primera línea, consumiendo 75 cartuchos de tercerola y derribando y poniendo fuera de combate con sus certeros disparos á más de diez enemigos.

